

Homilía del Cardenal

"El crimen político es El triunfo del odio"

—La muerte es siempre amarga; también lo ha sido para el Hijo de Dios. El asesinato es más amargo, porque es la muerte del que muere y del que mata. Pero el crimen político desborda el cáliz de la amargura, porque es el triunfo del odio. Y el odio envenena y puede matar el alma de una sociedad.

Durante la homilía pronunciada por el Cardenal-Arzbispo de Santiago, Monseñor Raúl Silva Henríquez, en la misa por el ex Vicepresidente de la República Edmundo Pérez Zujovic afirmó que "en este momento la Voz de la Iglesia se levanta, amonestadora y suplicante, pidiendo a todos los hombres y mujeres amantes de la patria, que seren en sus ánimos; que no se dejen conducir por el odio; que depuestas las antiguas querellas y unidos en un grande amor a Chile, construyamos su grandeza".

prema de Justicia; los presidentes de ambas ramas del Congreso Nacional; los comandantes en jefe de las tres ramas de las Fuerzas Armadas; director de Carabineros y la totalidad de los ex Ministros de la pasada administración.

Una guardia especial de efectivos del Ejército al mando de un capitán rodeaba el ataúd que contenía los restos del ex Secretario de Estado. La urna estaba cubierta por la bandera chilena y sobre ella un ramillete de claveles blancos depositado por su esposa Lala Yoma.

EMOCION

Durante toda la ceremonia fúnebre, la madre, esposa e hijos del extinto, permanecieron frente al féretro siguiendo el desarrollo de la misa. Esta actitud, sin embargo, se vio bruscamente quebrada, cuando el Cardenal llamó a comulgar. Lala Yoma viuda de Pérez Zujovic se derrumbó en el asiento llorando convulsivamente. Se produjo una escena emocionante cuando su suegra, doña Angela Zujovic de Pérez, de ochenta años de edad, con lágrimas en los ojos, pero con una presencia de ánimo admirable, rodeó con sus brazos los hombros de su nuera y le susurró algunas palabras de consuelo. Y así durante toda la misa. Ella, la madre del ex Vicepresidente de la República, reconfortaba a la viuda de su hijo de la pérdida irreparable. Idéntica actitud adoptaron los hijos del ex Ministro, quienes

permanecieron rodeando a su madre, reconfortándola y recibiendo el pésame de numerosas personalidades que llegaban a saludarlos.

EL CARDENAL

—Hoy venimos a este templo, dijo el Cardenal, con el alma transida de dolor. Junto a nosotros yacen los restos exánimes del amigo leal y sa-

crificado; del hombre público enérgico y justo; del esforzado e inteligente creador y dirigente de empresas; del ciudadano honesto y consciente de sus deberes cívicos; del padre de familia amante y ejemplar. En una palabra: del cristiano sincero. Del hombre convencido de su fe, que la ha vivido con generosa entrega, con noble dedicación y sacrificio. Ha muerto Edmundo Pérez, traspasado por las balas enemigas. Su cuerpo, como emblema de la patria en campo de batalla, ha sido acribillado por el odio de sus adversarios. Junto a los suyos, que le lloran inconsolables, la patria se estremece y gime horrorizada.

AMARGURA

Y agregó:

—Pocas veces hemos saboreado tanto esta amargura; pocas pero nos parecen ya demasiadas. En menos de un año, dos hermanos nuestros, que dedicaron su vida a servir a los demás, han caído sacrificados a una fría y calculada voluntad de destrucción. Dos veces; dos hombres; ya es demasiado! Tenemos que matar el odio, antes de que el odio envenene y mate el alma de nuestro Chile.

Tememos —y ojalá nos equivoquemos— que por el camino del odio y de los asesinatos, en lugar de construir una patria más justa y más acogedora para todos, nos encaminamos a la destrucción de los valores más nobles en Chile, y al fracaso de la más anhelada y esperanzada expectativa de nuestro pueblo: la justicia social.

LA PAZ

—Hermandad, todo se puede ganar con la paz. Todo lo que amamos se destruirá, ciertamente con el odio. ¡Es hora de despertar! En el mismo momento en que gustamos, con amargura el cáliz del Señor, escuchamos también su reproche y amonestación: "¿No han podido vigilar una hora conmigo? Velen y oren, para que no caigan en la tentación". Si estamos expuestos a la tentación de la violencia. De buscar al margen de la ley, civil y natural, lo que sólo se encuentra respetándolas. Y si es posible que esa tentación haya ganado en nosotros más terreno de lo que quisieramos reconocer. Hoy sentimos que no podemos ceder a ella. Hoy se nos revela lo único que por ese camino se alcanza a lograr: la muerte personal y colectiva. El llanto que aquí nos sobrecoge es un signo del dolor de toda una nación. Lloramos el sacrificio cruel de uno de sus hijos, y la vergüenza de que una, dos veces, el odio haya podido desgarrarnos. Una y dos veces, también, vino el señor a reclamar la presencia vigilante de sus discípulos, y los encontró dormidos, con sus ojos cargados de tristeza.

El Cardenal concluyó su homilía:

—Y en el nombre del Señor, por amor a todos los inocentes, a todos los débiles, a las madres y niños de nuestra tierra; por amor a la patria toda, destruyamos definitivamente el odio, y edifiquemos la sociedad justa y fraterna, la familia que ha sido y será siempre Chile.